

EL MERCENARIO EN EL MUNDO GRIEGO A LA LUZ DE LOS ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS: REFLEXIÓN TEÓRICA Y NUEVAS TESIS*

Daniel Gómez Castro
Universitat Autònoma de Barcelona
danigomcas@gmail.com

MERCENARIES IN THE GREEK WORLD ACCORDING TO MODERN SCHOLARSHIP: A THEORETICAL APPROACH AND NEW ISSUES

RESUMEN: Este artículo pretende llevar a cabo una reflexión teórica del papel que el mercenariado griego tuvo en la Grecia clásica a nivel político, económico y militar. Tradicionalmente considerado como un residuo de las múltiples crisis del sistema de la *pólis* en el siglo IV, defendemos la tesis de que, por encima de las cuestiones económicas, los mercenarios fueron para los estados una herramienta más con la que intentar culminar sus aspiraciones políticas, es decir, hegemónicas y, por tanto, estuvieron claramente vinculados a las relaciones internacionales entre *póleis*.

PALABRAS CLAVE: mercenariado, relaciones internacionales, neutralidad, soberanía, hegemonía.

ABSTRACT: This paper presents some theoretical thinking on the political, economic and military roles the Greek mercenaries carried out in Classical Greece. Traditionally considered a leftover from the multiple crises of the polis system within the IV century, my view wants to emphasize some other issues on this debate. Beyond any economic considerations, there is also some evidence to believe that such mercenaries played an extra role in international politics among poleis, and particularly in the political aspirations of the states hiring them in their run towards hegemony

KEY WORDS: mercenarism, international relations, neutrality, sovereignty, hegemony.

* Resulta necesario agradecer especialmente a los profesores Borja Antela Bernárdez, Jordi Cortadella Morral, Toni Naco del Hoyo y, finalmente, César Fornis la paciencia en la corrección, por un lado, y los enriquecedores comentarios realizados a nuestro estudio, por otro. Aprovechamos la ocasión para agradecer también al evaluador anónimo sus constructivas sugerencias y observaciones, las cuales nos muestran de forma diáfana el camino a seguir en el estudio del mercenariado en la Grecia Clásica. Lógicamente, cualquier tipo de error en el presente trabajo debe ser atribuido únicamente a su autor. Sólo nos queda aclarar que todas las fechas que se citarán en el presente trabajo, excepto en los casos en que se especifique lo contrario, deben considerarse como antes de Cristo.

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos años, el mundo de la guerra en la Antigüedad clásica ha recibido una gran atención por parte de numerosos investigadores, quienes lo han concebido como un elemento de dinamización social y económico de primer orden, considerando, además, particularmente ilustrativa su situación del Mediterráneo oriental. Como consecuencia de este renovado interés por el mencionado mundo de la guerra, el fenómeno del mercenariado está siendo valorado desde una óptica muy diferente a la tradicional, en que se consideraba a los mercenarios como un producto residual de las numerosas crisis socioeconómicas y políticas de la Hélade desde la fase de construcción de la *pólis* hasta su teórica desaparición a finales del siglo IV¹. Actualmente, se ha empezado a concebir este fenómeno como uno de los principales protagonistas de la época clásica, es decir, como el auténtico motor de los muchos e importantes cambios que Grecia experimentó a lo largo de ese período histórico².

Nuestro objetivo es mostrar la complejidad de la figura del mercenario, concibiéndolo siempre como un elemento clave para las relaciones internacionales y, por tanto, entendiendo que su auge o declive en la Antigüedad no estuvo condicionado únicamente por factores económicos. Esto, en nuestra opinión, convierte en imprescindible una aproximación fundamentalmente teórica a este fenómeno, lo cual nos permitirá en la medida de lo posible proponer una definición que ubique al mercenario en las diferentes realidades históricas en que éste aparece para terminar aplicando el esquema resultante en la segunda parte del presente trabajo a la Antigüedad griega.

¹ Mercenarios como elemento residual de la crisis de la *pólis*: H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers from Earliest Times to the Battle of Ipsus* (Oxford 1933) 227; G. T. Griffith, *The Mercenaries of the Hellenistic World* (Cambridge 1935) 136; A. Aymard, "Mercenariat et histoire grecque", *Etudes d'archéologie classique* 2 (1959) 16-27; Y. Garlan, *La Guerre dans l'Antiquité* (Paris 1972) 95; L. Marinovic, *Le mercenariat grec au IV^e siècle avant notre ère et la crise de la polis* (Paris 1988) 1, "La vocation politique des mercenaires" *CEA XXXVIII* (1997) 119-121; M. Bettalli, *I mercenari nel mondo greco. Dalle origini alla fine del V sec. a.C.* (Pisa 1995) 24. La expresión de Garlan, *op. cit.* (Paris 1972) 95, "patología social" para referirse a los mercenarios se ha ganado el favor de parte de la historiografía moderna especializada. Esta concepción encontró un perfecto apoyo en la tesis de los autores citados más arriba, especialmente en la de Aymard, *op. cit.* (1967) 16, quien definió por primera vez el concepto de "mercenariado" como una "clase social" propiamente dicha formada generalmente por pobres. Para estos historiadores, la existencia de mercenarios puede entenderse como la expresión de una patología social porque, en una sociedad ideal de ciudadanos-soldado, éstos no existirían. No obstante, como ha hecho notar Bettalli, *op. cit.* (Pisa 1995, 24); "*Hoi ton Hellenon Aporoi*: I mercenari del mondo greco classico tra violenza, emarginazione e integrazione", G. Urso (ed), *Terror et pavor. Violenza, intimidazione, clandestinità nel mondo antico. Atti del convegno internazionale Cividale del Friuli, 22-24 settembre 2005* (Pisa 2006) 55-63, en un mundo donde el uso de la violencia se consideraba legítimo, el servicio mercenario podía resultar positivo y necesario en tanto que la guerra era percibida también como necesaria y positiva.

² R. Knapp, "Greek Mercenaries, coinage and Ideology", *Eulimene* 3 (2002) 183-196, 183; M. Trundle, *Greek Mercenaries, from the Late Archaic Period to Alexander* (London-New York 2004) 63.

ENFOQUE TEÓRICO SOBRE LA FIGURA DEL MERCENARIO Y SU CONTEXTO

El gran problema del estudio del mercenario en el mundo antiguo es su inevitable comparación con el mercenario moderno. Sin embargo, ¿puede ser aplicable el mismo concepto y, por extensión, el término ‘mercenario’ a unas sociedades cuyos sistemas socio-económicos son tan diferentes como su forma de aprehender el mundo?³. Ésta es una cuestión fundamental que no se debe olvidar a la hora de abordar un estudio de estas características, pues, como sabiamente nos advertía Finley, corremos el riesgo de dejarnos seducir por ese ‘fetichismo de las palabras’ que tanto daño hace al estudio de la Historia⁴. No obstante, la respuesta a la pregunta es, en cualquier caso, afirmativa. El principal elemento que ha generado confusión entre algunos historiadores modernos es que en las fuentes griegas no aparece un término específico para definir este tipo de servicio militar⁵. A pesar de esto, si bien la terminología griega es muy variada, pensamos que el concepto hace referencia al mismo fenómeno y que las diferencias terminológicas simplemente subrayan diferentes matices del mencionado concepto. El problema fundamental con el que chocamos es que el propio concepto de mercenario en el mundo contemporáneo se ha reducido en favor un tipo concreto de mercenariado como es el “soldado de fortuna”. Actualmente empresas privadas como por ejemplo la británica “Sandline International” son las principales contratistas de mano de obra mercenaria y su principal objetivo es la defensa de intereses económicos públicos y privados generalmente en países del tercer mundo⁶.

En la Antigüedad existen varios ejemplos muy ilustrativos de mercenarios que sirvieron como mercenarios a título personal por convicciones políticas. Jenofonte por ejemplo explica que participó en la expedición de los Diez Mil “obligado” por las relaciones de *ξενία*, es decir, de amistad ritualizada con Próximo, uno de

³ Como acertadamente ha notado Bettalli, *op. cit.* (Pisa 2006, 61), en la actualidad la percepción social de los mercenarios difiere de la concepción antigua en el sentido de que actualmente las actitudes “militaristas” no son inherentes a la formación del ciudadano ideal, argumentando que estas constituyen un mundo aparte al cual no pertenece el cuerpo cívico.

⁴ M. Finley, *Uso y abuso de la historia* (Barcelona 1977) 91-113.

⁵ La palabra “mercenario” deriva del latín *mercennarius* y ésta, a su vez, de *merces* (salario, paga, recompensa...), lo que para Trundle, *op. cit.* (London-New York 2004) 10, supondría, *a priori*, una razón suficientemente buena para ser cautelosos en su aplicación al mundo heleno.

⁶ En este sentido, una serie de países integrados en la ONU aprobaron una resolución el 4 de diciembre de 1989 conocida como *Convención Internacional contra el reclutamiento, la utilización, la financiación y el entrenamiento de mercenarios* para poner freno a este tipo de prácticas por parte de algunos estados. Esta resolución ofrece un tipo de definición de mercenario (*Art. 1*) que, en líneas generales, lo equipara al significado de “soldado de fortuna”, simplificando de esta forma el concepto general de mercenariado y, por lo tanto, su significado histórico real. *Vid.* también el “Protocolo Adicional a los Convenios de Ginebra de 1949” (artículo 47) aprobado el 8 de junio de 1977. Pensar que un mercenario mata sólo por dinero supone, además de una evidente simplificación, el establecimiento de una línea demasiado marcada entre economía y política, idea que no tiene en cuenta el hecho de que al aceptar formar parte de una fuerza militar el soldado está participando en una empresa política.

los generales de Ciro el Joven, con la esperanza de quedar vinculado igualmente por ξενία con un sátrapa poderoso que además era hermano del Gran Rey (X. *An* 3.1.4)⁷. Otro ejemplo interesante nos lo ofrece Conón, quien lideró en agosto del 394 la flota persa contra Esparta con finalidades políticas, es decir, para poder derrocar el segundo imperio espartano ideado por Lisandro (X. *HG* 4.8.9)⁸; para lo cual utilizó mercenarios griegos y voluntarios antiespartanos (X. *HG* 3.11-12; D.S. 14.83.4)⁹. De este modo, el mercenario resulta ser un individuo que está ejerciendo la violencia integrado en un marco sociopolítico internacional, utilizando sus habilidades militares en la aplicación de una fuerza coercitiva por una causa política y tanto su auge como su declive sólo responde a los intereses concretos de las potencias que los utilizan¹⁰, definición que, a juzgar por los ejemplos expuestos más arriba, es perfectamente aplicable al mundo antiguo.

En época arcaica la primera gran fase de contratación de mercenarios se debe al establecimiento de tiranías en gran parte de la Hélade y a las necesidades de los asirios en el Mediterráneo oriental. En el siglo VI la caída de la mayoría de tiranías en el mundo griego se sumó a la llegada al poder de los persas en Oriente. Los nuevos regímenes, especialmente el del Gran Rey Darío¹¹, consideraron pernicioso para sus intereses el uso de tropas mercenarias, lo cual explicaría su declive a partir del siglo VI, en ningún caso su desaparición. De forma inversa, a partir del

⁷ En cuanto a la ξενία como origen del mercenariado griego *vid.* Bettalli, *op. cit.* (Pisa 1995) 26. En este sentido, resulta especialmente significativo el ejemplo arcadio. La mayoría de mercenarios en el mundo griego eran originarios de Arcadia: X. *An* 6.2.10; Parke, *op. cit.* (Oxford 1933) 14-16; Trundle, *op. cit.* (London\New York 2004) 54, “Ancient Greek Mercenaries (664-250 BCE)”, *History Compass* 3 (2005) 2-3; A. Alemany, “Mercenarios griegos al servicio de los Aqueménidas: testimonios literarios y epigráficos”, *Actas del XI Congreso de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. 15 al 20 de septiembre de 2003* (Santiago de Compostela 2005) 421-430. Sin duda, esto se debía a causa de la pobreza del territorio, pero también a la fuerza social de instituciones como la ξενία y la φύλια. Para Trundle (*op. cit.* London\New York 2004, 1), el mercenariado griego pudo en algún momento suponer una forma organizativa alternativa al mundo de la polis. Sin embargo, en opinión de Bettalli, *op. cit.* (Pisa 2006) 57, parece evidente que esto solamente puede defenderse en el caso específico de los arcadios.

⁸ En ningún caso Conón pretendió recuperar el imperio ateniense, pues, como ha señalado C. Fornis, “Conón entre Persia y Atenas (394-391)”, *DHA* 34.2 (2008) 2, 46 n 69, éste no dejó de estar al servicio del Gran Rey. Como ha sugerido este autor (*ibid.* 48 n 79), a pesar de que la idea de recuperar la liga aticodélica por parte del almirante persa resulte de lo más sugerente, Conón no desempeñó ninguna magistratura que le proporcionara la legitimidad necesaria para actuar en nombre Atenas, lo cual, además, hubiese sido incompatible con su cargo de almirante del Gran Rey. En esta misma línea se ha expresado V. Alonso Troncoso, “395-390/89 a.C., Atenas contra Esparta: ¿De qué guerra hablamos?”, *Athenaeum* 87.1 (1999) 57-77, quien llega a llamar al almirante ateniense “mercenario de lujo” (*ibid.* 64)

⁹ En el mundo contemporáneo tenemos un claro ejemplo de “mercenariado político” en las “Brigadas Internacionales” que participaron en la Guerra Civil Española.

¹⁰ J. Thompson, “State Practice, International Norms, and the Decline of Mercenarism”, *International Studies Quarterly* 34 (1990) 23-47, 34.

¹¹ Quien reconoce no tener ninguna vinculación ritual (ξενία) con ningún griego (Hdt. 3.140).

siglo IV, cuando, en un nuevo marco internacional, los estados entendieron el uso de mercenarios de manera positiva, potenciaron el fenómeno hasta propiciar un aumento importante del mismo¹². Por tanto, vemos que a lo largo de la historia la evolución del mercenariado refleja la voluntad por parte de un estado de controlar o de mantener descontrolada voluntariamente su verdadera capacidad bélica, es decir, su capacidad real para influir en la política interna de otros estados de forma no oficial¹³. Al conceptualizar a los mercenarios como un fenómeno político, su evolución histórica queda marcada por los pactos internacionales y las instituciones a través de las cuales un estado ejerce la violencia dentro de un marco internacional determinado¹⁴. Por esta razón resulta imprescindible realizar un breve análisis de dos conceptos clave e íntimamente relacionados como son soberanía y neutralidad.

El concepto de soberanía tiene dos dimensiones bien delimitadas¹⁵ y una de sus fundamentaciones básicas es el legítimo monopolio de la violencia por parte del Estado¹⁶. La primera dimensión es la reivindicación de autoridad exclusiva dentro de un territorio (conocida por los especialistas como ‘dimensión constitutiva del Estado’); la segunda, consiste en el establecimiento de una autoridad específica sobre una serie de actividades desarrolladas dentro del territorio donde el Estado monopoliza ‘legítimamente’ el uso de la violencia (‘dimensión funcional de la soberanía’). La conjugación entre estas dos dimensiones es la clave para entender las políticas globales de los Estados, es decir, las políticas que determinan las relaciones internacionales en un momento histórico concreto. En este sentido, las legislaciones contra mercenarios reflejan el interés de las potencias por incluir dentro de su autoridad soberana el uso de la coerción fuera de sus fronteras y, a la

¹² D. Gómez, “La campaña egipcio-chipriota (383-373 a.C.): relaciones internacionales y mercenarios griegos en oriente”, *Gladius. Revista del CSIC*, (en prensa).

¹³ Thompson, *op. cit.* (1990), 24, 34.

¹⁴ *Ibid.* 34

¹⁵ Las ideas sobre el concepto de soberanía son muy variadas y exponerlas todas trasciende los objetivos del presente trabajo. Nosotros seguimos la visión de Thompson, *op. cit.* (1990) 34, y en “State Sovereignty in International Relations: Bridging the Gap between Theory and Empirical Research”, *International Studies Quarterly* 39.2 (1995) 213-233, pero, como decíamos, no es la única y, por ejemplo, la de S. Krasner, *Sovereignty: Organized Hypocrisy* (Princeton 1999) tiene una gran aceptación entre los especialistas. Para una revisión de las diferentes tendencias acerca del concepto de soberanía, *vid.* Y. Fujioka, “Does Sovereignty Help Us To Understand International Politics? Its Change and Robustness from the Debate between Realism and Constructivism”, *Kobe University Law Review* 39 (2005) 23-37, 24 y ss.

¹⁶ Sobre el legítimo monopolio de la violencia por parte del Estado *vid.* D. Strang, “Anomaly and Commonplace in European Political Expansion: Realist and Institutional Accounts”, *International Organization* 45 (1991) 143-62, 148. Históricamente, la violencia ha sido percibida por el Estado como una herramienta legítima (tanto interna como externa) para conseguir sus objetivos y de ahí nace la necesidad de monopolizarla. Para M. Weber, *The theory of social and economic organisation* (New York 1947) 154, difícilmente un Estado reconocerá como legítimas otras formas de violencia porque en su monopolio reside el fundamento básico de su soberanía.

vez, buscan limitar el poder que otros Estados puedan tener dentro de su propio territorio¹⁷.

Del mismo modo, del concepto de neutralidad también se pueden señalar dos dimensiones bien diferenciadas. Por un lado, la que está vinculada a la legalidad internacional y que establece los derechos y obligaciones de los estados autoprotoclamados neutrales¹⁸; por otro lado, la obligación específica de un país concreto de controlar mediante la legislación interna a los ciudadanos residentes dentro y fuera de su territorio con el fin de evitar que tomen partido por una causa que perjudique los intereses generales de su país de origen¹⁹. Esta última dimensión del concepto explica que un Estado neutral impida que otro beligerante reclute soldados entre su población civil, ya que esta práctica sería en el fondo una forma de mercenariado²⁰. Así pues, instituciones definidas por los Estados en sus relaciones internacionales como la ‘neutralidad’ y la ‘soberanía’ fomentan o entorpecen el uso de mercenarios y, como veremos, la Antigüedad griega no fue en este sentido una excepción en ningún aspecto.

En el contexto griego resulta lógico que en una situación de guerra permanente, los estados traten de explotar todos los recursos a su alcance. Sin embargo, el mercenario no sólo aparece como una herramienta fundamental en tiempos de guerra, sino que también lo es en períodos de paz. El matiz no es insustancial, pues la finalidad marca el tipo de contratación y el sueldo. En tiempos de paz el reclutamiento de mercenarios suele estar orientado a la larga duración del servi-

¹⁷ Thompson, *op. cit.* (1990) 34.

¹⁸ La Carta de la Naciones Unidas de 1945 no nos ofrece una definición oficial de neutralidad. Por esta razón, seguimos a especialistas en derecho internacional como W. Hall, *The Rights and Duties of Neutrals* (London 1874) 20-21, quien establece los derechos y obligaciones de los Estados en unos términos que, parafraseándole, obligan a las potencias beligerantes a respetar la soberanía de las neutrales; a la vez que obliga a estas últimas a no ayudar y, en la medida de lo posible, evitar que se ayude a cualquier parte en conflicto.

¹⁹ Thompson, *op. cit.* (1990) 36-7. A pesar de que la creencia en la existencia de una “neutralidad” en Grecia tiene una larga tradición que culminó hace relativamente poco con el estudio de R. Bauslaugh, *The Concept of Neutrality in Classical Greece*, (Berkeley 1991), resulta importante remarcar la idea de V. Alonso Troncoso, *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-440 a.C.)* (Madrid 1987) 50, de que no existió en la Grecia antigua una concepción similar al concepto de neutralidad expuesta más arriba y, como se verá más adelante, así lo demuestra la total ausencia de una terminología política específica que regule esta institución. Aunque la voluntariosa contribución de Bauslaugh plantea bien las numerosas lagunas teóricas en el estudio de las relaciones internacionales entre *pólis* griegas, tiende a confundir conceptos fundamentales de la política internacional helena, lo cual le lleva a errar en parte de sus conclusiones.

²⁰ Lo cual no ocurría en la Grecia clásica, pues, como demostró S. Séfériadès, “La conception de la neutralité dans l’ancienne Grèce”, *RDIC* 16 (1935) 641-662, 652-4, entre las obligaciones impuestas por el derecho consuetudinario a las potencias oficialmente “neutrales”, se incluía la tolerancia a la contratación de mercenarios por parte de otros Estados beligerantes.

cio²¹ y el origen de los soldados está determinado tanto por factores ideológicos e histórico-culturales como por la debilidad temporal de la milicia o del ejército ciudadano de un Estado concreto²². En cambio, el reclutamiento en períodos de guerra acostumbra a ser un tipo de contratación *ad hoc*. Es decir, un Estado con poca experiencia en un tipo de guerra concreta o en un territorio poco conocido recluta de forma puntual soldados especializados, generalmente oficiales, para que dirijan y asesoren a sus tropas en ese tipo concreto de guerra²³. Un ejemplo perfecto de mercenario especialista es el de Conón. En la guerra contra Esparta, el Gran Rey entendió que la gran capacidad como almirante de Conón era ideal para dirigir la recién creada flota persa (X. *HG* 3.4.1) y, a la vez, su condición de griego era útil para asesorar a Farnabazo, jefe militar de la guerra contra los lacedemonios, a la hora de atraer a las ‘desconocidas’ comunidades griegas a su causa (X. *HG* 4.8.2)²⁴.

En cuanto a la captación de soldados, cabe señalar que sólo existen tres vías para la contratación de tropas mercenarias, a saber: permitir que los soldados puedan alistarse de forma individual; comprar o alquilar contingentes militares completos, oficiales incluidos; y, finalmente, financiar las operaciones militares, equipo inclusive, del ejército de otro estado²⁵. Este último tipo de contratación mercenaria no es ajeno a la Antigüedad griega y tenemos ejemplos muy significativos. El primero concierne al final de la Guerra del Peloponeso, cuando Persia financió la construcción de una flota a Esparta para que ésta pudiera derrotar a Atenas, su enemiga en el Egeo (X. *HG* 2.1.10-12). El segundo caso nos retrotrae a la Guerra de Corinto (395-386), cuando a principios del conflicto Persia financió a diferentes Estados, el más importante de los cuales era el propio Corinto, los gastos necesarios para poder iniciar una guerra contra Esparta dentro del mismo Peloponeso (X. *HG* 3.5.1; *Plu. Art* 20.4; Paus. 3.9.8)²⁶.

²¹ Es el caso de muchos mercenarios griegos que eran contratados únicamente para llevar a cabo tareas de vigilancia o ser guardaespaldas de tiranos o sátrapas. *Vid.* Trundle, *op. cit.* (London-New York 2004) 54.

²² Thompson, *op. cit.* (1990) 27-28.

²³ J. Thompson, *ibid.* 30. En la actualidad, resulta habitual que diferentes estados colaboren militarmente gracias a pactos de defensa mutua, pero en ningún caso se permite que otra potencia reclute de forma unilateral parte de su población civil o de su ejército, pues eso supondría una violación de su soberanía. Aun así, existen algunas excepciones, como por ejemplo la contratación por parte de E.E.U.U de los ejércitos de Corea del Sur, Tailandia y Filipinas durante la Guerra de Vietnam. *Vid.* Thompson, *op. cit.* (1990) 30.

²⁴ C. Tuplin, R. Seager, ‘The Freedom of the Greeks of Asia: on the Origins of a Concept and the Creation of a Slogan’, *JHS* 100 (1980) 141-154, 148.

²⁵ Thompson, *op. cit.* (1990) 24

²⁶ Para V. Alonso Troncoso, ‘Tratados y relaciones de alianza en la guerra de Corinto’, *RSA* 27 (1997) 21-71, 63, Persia sería una potencia más que pactó de forma bilateral con la alianza antiespartana.

Respecto a las motivaciones de los individuos para devenir mercenarios, cabe señalar que en este sentido sólo es posible realizar un análisis de carácter general. Como hemos visto, el análisis genérico de los casos conocidos sugieren que la principal causa de la existencia del mercenariado es política y responde a los intereses internacionales de los Estados²⁷, siendo un vivo ejemplo las actitudes imperialistas de una potencia respecto a otros territorios²⁸. Cabe señalar que, aunque son secundarios, existen también otros factores importantes para devenir mercenario como son los económicos y, en última instancia, los rituales. Esta última motivación para el servicio mercenario merece un comentario aparte y, de nuevo, los arcadios nos ofrecen un ejemplo perfecto. De entre todas las formas posibles a la hora de transmitir ideas en las sociedades antiguas, la ‘indirecta’ era la más efectiva en lo referente a las actitudes bélicas. Ésta llevaba a los jóvenes arcadios a imitar el modelo o rol socialmente reconocido como más exitoso²⁹, de modo que si los padres habían conseguido prestigio social luchando como mercenarios en países extranjeros, los hijos pretendían emularles para conseguir esa misma fama. La tradición mercenaria en Arcadia era proverbial y los arcadios se enorgullecían hasta el punto de convertirlo en una obligación social (X *HG* 7.1.23), es decir, en un rito de paso necesario para ser reconocido como adulto dentro de la sociedad³⁰. Finalmente, sólo nos queda señalar la existencia de ‘aventureros’ que, influenciados por algún tipo de relato local o por obras literarias como la *Anábasis* de Jenofonte, se enrolaban como mercenarios en las campañas militares orientales³¹. Este último tipo de mercenario escapa a todo análisis riguroso, justamente por lo cual únicamente pueden ser analizados en el plano teórico y, por tanto, solamente nos parece acertado afirmar que posiblemente existió una razón diferente por cada mercenario³².

Hemos dejado para el final de este apartado el análisis de las consecuencias económicas para los Estados del uso de tropas mercenarias. El debate de fondo consiste en saber si un ejército mercenario resulta más efectivo que un ejército ciudadano o viceversa. Por esta razón comenzaremos nuestro análisis por las ideas

²⁷ Trundle, *op. cit.* (2005) 7-8.

²⁸ En la Grecia arcaica, un tipo concreto de relaciones políticas entre familias aristocráticas (ξενία) fue la principal causa de reclutamiento de la mayoría de los mercenarios documentados en este periodo. También resulta necesario destacar a los exiliados que, con la intención de hacer caer al régimen político que los expulsó del cuerpo cívico y/o con la promesa de restituir su condición de ciudadano, se convierten en mercenarios de una potencia enfrentada con su estado de origen (X. *An.* 2.2; *HG* 3.2.21; 4.3.3; 4.4.15).

²⁹ W. Runciman, “Hoplites, warriors cultura, and indirect Bias”, *The Journal of the Royal Anthropological Institute* 4.4 (1998) 731-751, 740-1.

³⁰ M. Trundle, “Identity and Community among Greek Mercenaries in the Classical World: 700-322 BCE”, *AHB* 13.1 (1999) 28-38, 29.

³¹ Trundle, *op. cit.* (London-New York 2004) 64 ss.

³² A. Chaniotis, *War in the Hellenistic World. A Social and Cultural History* (Oxford 2005) 80.

generales que contrastan mercenarios con ciudadanos para terminar analizando particularmente los aspectos económicos del uso de mercenarios. Salvando las distancias, de la misma forma que la victoria de Prusia sobre Francia (1871 d.C.) hizo evidente la superioridad de un ejército ciudadano sobre uno mercenario, también la victoria de los ejércitos ciudadanos griegos en Maratón, Platea, Salamina y Micala demostraron que cuando los soldados luchan por sus casas y familias se muestran más efectivos en combate que los extranjeros que lo hacen por un sueldo (Arist. *EN* 1116b). Siguiendo este razonamiento, en Grecia, por ejemplo, las poblaciones nacidas bajo la soberanía de un Estado sin tener el estatus jurídico de ciudadano, como los periecos en Esparta o los metecos en Atenas, luchaban exactamente igual por sus casas y familias que los ciudadanos de pleno derecho³³. La matización nos sirve para corregir esta idea de exaltación patriótica más relacionada con el concepto de ciudadanía moderna que con la realidad histórica helena. Desde nuestra óptica, su principal error consiste en confundir Estado con ciudadanía, es decir, asumir de forma apriorística y genérica que son los ciudadanos quienes declaran la paz o la guerra, cuando es evidente que son los Estados y sus dirigentes quienes dictan las políticas a seguir en función de sus intereses particulares. En cierto sentido, la posibilidad de convertirse en mercenario supone una oportunidad única de compensar esta disociación entre política estatal y ciudadanía³⁴.

En cuanto al elevado coste de la contratación de tropas mercenarias, cabe señalar que éste ha sido siempre uno de los lugares comunes de la historiografía moderna y antigua (Th. 6.8.1; 7.27.2; X. *HG* 7.1.46; D.S. 13.93.2)³⁵. Algunos estudiosos parecen olvidar que la guerra cuesta dinero y que los soldados cobran con independencia de si son ciudadanos, aliados o mercenarios³⁶. Si los mercenarios parecen más caros es porque piden precios de mercado, pero esta explicación no ofrece ninguna respuesta en términos absolutos y, por ejemplo, en la Antigüedad era habitual que cobraran menos que los ciudadanos³⁷. Como se puede ver, la dis-

³³ Trundle, *op. cit.* (London-New York 2004) 23.

³⁴ Thompson, *op. cit.* (1990) 32. Bettalli, *op. cit.* (Pisa 1995) 24, se expresa en términos parecidos al afirmar que el mercenariado rompió el monolitismo social de la *pólis* al ofrecer una alternativa a la forma organizativa representada por el ciudadano soldado.

³⁵ A. Tourraix, “Les mercenaires grecs au service des Achéménides”, P. Brun (Coord), *Questions d'Histoire. Guerres et Sociétés dans les mondes grecs (490-322)*, (Paris 1999) 201-216, 210; Trundle, *op. cit.* (London-New York 2004) 81. P. Ducrey, “Les aspects économiques de l'usage de mercenaires dans la guerre en Grèce ancienne: avantages et inconvénients du recours à une main-d'oeuvre militaire rémunérée”, J. Andreau (ed), *Economie antique: la guerre dans les économies antiques*, (Saint-Bertrand-de-Comminges 2000) 197-209, 206, es el único autor que manifiesta abiertamente sus dudas acerca de los costes reales de la contratación de mano de obra mercenaria en comparación con los ejércitos ciudadanos.

³⁶ Ducrey 2000: 201 ss.

³⁷ En los años de la expedición ateniense a Sicilia, los hoplitas ciudadanos cobraban un dracma y medio por día, mientras que los mercenarios únicamente una dracma (Th. 7.27.2), esto es

cusión podría centrarse en el arduo dilema de si formar a un soldado resulta más caro que comprarlo o alquilarlo. Los requisitos necesarios para poseer un ejército ciudadano competente son muy altos y, en el plano económico, extraordinariamente caros. En primer lugar, la ciudadanía debe estar formada específicamente en el ámbito de la guerra, bien alimentada y bien entrenada, para ser efectiva³⁸. A continuación, el Estado está obligado a responder por los heridos, mutilados y huérfanos de guerra. En tercer lugar, la necesidad de captación de soldados obliga a poseer y mantener un sistema de intendencia lo suficientemente importante como para nutrir de soldados perfectamente equipados al ejército en cualquier momento. En última instancia, cabe señalar que poseer un ejército ciudadano entraña ciertos peligros, ya que el Estado arriesga en un conflicto bélico a su propia población³⁹, lo cual provoca que la cuestión de la guerra se politice a nivel social con mayor facilidad⁴⁰. Además, si sumamos el hecho de que, mientras participa en la guerra, el ciudadano-soldado no realiza tareas productivas⁴¹, podemos ver que la contratación de mercenarios no resulta tan cara como *a priori* pudiera parecer. En el siglo IV, por ejemplo, la ciudadanía ateniense experimentó lo que oradores como Isócrates y Demóstenes catalogaron duramente como ‘apatía social’. Los ciudadanos preferían que Atenas contratara mercenarios antes que defender ellos mismos los intereses de su patria (Isoc. 8.44-48; Dem. 8.21; 23; 4.1.7-8; 43-44; 63.9.10)⁴². Sin

un cincuenta por ciento menos. En el año 350, los mercenarios cobraban cuatro óbolos, más dos en comida (por tanto una dracma), lo cual, sumado a la inflación del siglo IV, hacía que en términos reales los mercenarios cobrasen menos que en el V. Sobre el sueldo de los mercenarios, *vid.* H. Miller, “The Practical and Economic Background to the Greek Mercenary Explosion”, *G&R* 2 (1984) 153-160, 154.

³⁸ Durante la Primera Guerra Mundial, un estudio médico llevado a cabo por el ejército británico sobre sus soldados concluyó que únicamente una tercera parte de la tropa era apta para el servicio. E. Hobsbawm, *Industry and Empire* (New York 1968) 164-5, afirmó que mejorar la calidad de sus soldados fue la principal razón por la que el Reino Unido adoptó medidas sociales.

³⁹ Según R. Lane Fox, *El Mundo Clásico. La epopeya de Grecia y Roma* (Barcelona 2007) 232, Atenas perdió el cincuenta por ciento de su ciudadanía durante la Guerra del Peloponeso.

⁴⁰ Thompson, *op. cit.* (1990) 33. Sirva de ejemplo la conmoción social en Atenas tras la fallida expedición a Sicilia (Th. 8.1-4), en la que el *démos*, completamente indignado y aterrorizado por la pérdida de toda una generación de ciudadanos y soldados especializados, exigió la vida de todos los oradores y adivinos que defendieron dicha expedición “como si ellos mismos no la hubiesen votado” (Th. 8.1.1-2).

⁴¹ El principal problema que generaba la guerra hoplítica a los Estados era que los soldados/propietarios debían volver a sus tierras para trabajar en el campo, mientras que los mercenarios se mantenían activos todo el año (X. *HG* 4.4.14).

⁴² Esta supuesta “apatía social” de los atenienses ha sido utilizada como argumento para defender la tesis de que en el siglo IV se inició el proceso socio-político que puso fin al mundo de la *pólis*. A causa de esta desafección ciudadana, los ejércitos únicamente pudieron formarse gracias a los contingentes mercenarios y éstos únicamente guardaban lealtad a su “líder”, quien se convertía así en un auténtico *condottiero*. *Vid.* J. Boërdieu-Trevet, *Commander dans le monde grec au Ve siècle avant notre ère* (Paris 2007) 274-5; Marinovic, *op. cit.* (Paris 1988) 42. De este modo, para los defensores de esta tesis, la ciudad fue perdiendo progresivamente el control sobre sus tropas hasta el punto de

duda, esta actitud de los atenienses se explica en parte por una desafección ciudadana hacia los valores tradicionales de la *pólis*⁴³, pero fundamentalmente se debió a que tanto dirigentes como ciudadanos entendieron que la relación calidad/precio de las tropas mercenarias era de mayor utilidad en aquel momento concreto⁴⁴. La guerra siempre ha sido cara, pero si se pagaban sus altos costes era porque al final los Estados esperaban recuperar su inversión⁴⁵.

EL MERCENARIO EN LA ANTIGÜEDAD GRIEGA Y SU RELACIÓN CON LOS CONCEPTOS POLÍTICOS DE SOBERANÍA Y NEUTRALIDAD

En consecuencia, estamos en condiciones de afirmar que la evolución del mercenariado en tanto que recurso bélico en la Antigüedad no estuvo tan determinado por las condiciones sociales y económicas como por las políticas y, por tanto, su auge y declive quedó marcado, en primer lugar, por la definición de conceptos políticos estatales básicos y, en segundo término, por los diferentes pactos políticos establecidos con potencias externas. De este modo, el mercenariado resultó ser un fenómeno claramente vinculado a la política internacional de las *pólis* helenas y su interés en mantener controlada a su población civil ha quedado reflejada en las políticas de neutralidad, es decir, en si los Estados integraban el concepto de neutralidad en su concepción de soberanía o, por el contrario, los mantenían conceptualmente separados. La existencia del concepto de soberanía en el Mundo Antiguo ha generado y genera todavía en la actualidad grandes controversias. Sin embargo, una parte de los investigadores del derecho internacional y los teóricos del Estado consideran que dicho concepto sólo existió a partir de época Moderna⁴⁶. Es por ello que antes de analizar las relaciones internacionales en Grecia y su posterior evolución, resulta imprescindible llevar a cabo un breve análisis acerca del concepto de neutralidad y soberanía para las *pólis* griegas.

En la Antigüedad griega la soberanía fue concebida como el fundamento ideológico último que permitía a una administración estatal gestionar los recursos naturales y humanos pertenecientes a un determinado territorio. Partimos de la base de que toda organización humana (ya sea un clan, una tribu o una comunidad sin ningún tipo de parentesco entre los miembros de la misma) es una entidad política que piensa en sí misma como tal y, por tanto, se dota de una administración que no

producirse una fractura entre poder civil y militar que fue desgastando los soportes ideológicos del sistema hasta que produjo definitivamente su caída a finales del siglo IV. Esta tesis está siendo objeto de revisión por parte de algunos especialistas (*infra* 113).

⁴³ Runciman, *op. cit.* (1998) 774.

⁴⁴ Ducrey, *op. cit.* (2000) 206.

⁴⁵ P. McKechnie, "Greek mercenary Troops and Their Equipment", *Historia* 41 (1992) 297-305, 305.

⁴⁶ Fujioka, *op. cit.* (2005) 23.

sólo racionaliza los recursos a los que la comunidad tiene acceso, sino que además identifica a otras entidades políticas con intereses comunes para establecer lazos de colaboración⁴⁷. Cuando una de estas entidades políticas se otorga el derecho de explotación de un territorio y de sus recursos está afirmando que considera que tal territorio forma parte del ámbito en el que ejerce su autoridad y, por tanto, queda irremediamente bajo su soberanía política. La mayoría de guerras en Grecia se producían a causa de conflictos territoriales entre *póleis*⁴⁸, lo cual demostraría que los Estados habían desarrollado el concepto de soberanía para ejercer un control sobre los recursos de un territorio⁴⁹. Por otra parte, el establecimiento de lazos de colaboración con otras entidades políticas con intereses comunes otorga una nueva dimensión al concepto de soberanía en la Antigüedad. El análisis del fenómeno de las Ligas o Confederaciones de *póleis* resulta en este sentido de una importancia vital. Estos pactos de colaboración entre ciudades nunca se hacían en términos de igualdad, es decir, las soberanías de todos los Estados se veían parcialmente reducidas e integradas en la soberanía del líder de la coalición, a saber, el ἡγεμών. Así pues, el concepto eufemístico de ἡγεμώνία permitía a los Estados más poderosos ejercer un control directo sobre los vecinos menores y sus respectivos territorios⁵⁰. Además, como veremos más adelante, dada la inexistencia del concepto de ‘neutralidad’ en un sentido moderno en el Mundo Antiguo, las opciones políticas de las pequeñas ciudades eran muy limitadas y no tenían más remedio que integrarse en la coalición dirigida por la potencia territorialmente más cercana, lo cual significaba en la práctica ‘ceder voluntariamente’ parte de su soberanía para poder sobrevivir (Th. 1.8.3; 5.86)⁵¹. Los límites a la soberanía de las grandes potencias con aspiraciones hegemónicas eran diversos. Mientras que los Estados de mentalidad aristocrática consideraban el cobro de impuestos como un elemento indisoluble a la esclavitud o sometimiento (D.S. 19.94-97; Hdt. 3.89-97; Hdt. 7.1; Th. 5.86; X. *HG* 3.4.25-26)⁵²; para estados de mentalidad democrática lo que suponía un

⁴⁷ D. Bederman, *International Law in Antiquity* (Cambridge 2001) 17.

⁴⁸ Alonso Troncoso, *op. cit.* (Madrid 1987) 27; Brun, *op. cit.* (Paris 1999) 7.

⁴⁹ V. Harle, *Ideas of Social Order in Ancient World* (London 1998) 91-100, 165-8, 171-4; Bederman, *op. cit.* (Cambridge 2001) 18, 34. Podemos encontrar un ejemplo significativo de conflicto territorial en algunas ciudades arcadias (Th. 5.65.4).

⁵⁰ Bederman, *op. cit.* (Cambridge 2001) 35. Sobre los conceptos de ἡγεμώνία y αὐτονομία resultan especialmente sugerentes los trabajos de P. Karavites “The political use of ELEUTHERIA and AUTONOMIA in the fourth century among the Greek city states”, *RIDA* 31 (1984) 167-191; M.H. Hansen, “The ‘autonomous’ city-state. Ancient fact or modern fiction?”, M.H. Hansen, K. Raaflaub (eds.), *Studies in the Ancient Greek Polis. Papers from the Copenhagen Polis Centre 2. Historia Einzelschriften* 95 (Stuttgart 1995) 21-43; B. Antela, “Hegemonía y Panhelenismo: conceptos políticos en tiempos de Filipo y Alejandro”, *DHA* 33.2 (2007) 1-21.

⁵¹ Alonso Troncoso, *op. cit.* (Madrid 1987) 52-3.

⁵² Este tipo de mentalidades es propio de las sociedades antiguas y, por tanto, trasciende al mundo griego. Cartago, por ejemplo, pocos años después de ser derrotada en la Segunda Guerra Púnica, trató de pagar las indemnizaciones de guerra a Roma en un solo plazo en lugar de hacerlo durante los

signo de esclavitud era la dependencia política (Lycurg. *Contra Teócrates*, 73; D.S. 12.26.2; Th. 1.76). En cualquier caso, tanto la voluntad de intervención en los asuntos de otros Estados como la creación de una terminología específica para definir conceptos políticos de ámbito internacional plenamente reconocidos por el resto de potencias (como ἡγεμονία y αὐτονομία) denotan la existencia de unas relaciones internacionales entre ciudades fundamentadas en el legítimo ejercicio de la soberanía de cada estado.

Respecto al concepto de neutralidad, cabe señalar que dentro de la teoría política de la Hélade existía como una postura diplomática, pero, en primer lugar, con sustanciales diferencias en referencia a la concepción moderna de neutralidad⁵³ y, en segundo, como una práctica política menor a la vez que desleal⁵⁴. Una prueba significativa de ello es que ni tratadistas ni historiadores desarrollaron una terminología específica para definirla⁵⁵ y, en nuestra opinión, esta ausencia pone de relieve una concepción negativa de la 'neutralidad' en todas sus dimensiones. Para las pólis griegas y sus ciudadanos, definirse como neutral era, por un lado, consecuencia de una actitud pasiva y peligrosamente despreocupada; mientras que, por otro lado, también resultaba ser una forma efectiva de perjudicar los intereses de un tercero o de hacer evidente el malestar hacia una pólis en particular o su política (Hdt. 8.73, 3).

Un claro ejemplo del primer significado de neutralidad podemos encontrarlo en uno de los principales teóricos de la política como fue Solón. El legislador ateniense entendió que la grave situación de crisis interna de la pólis ática se debía al egoísmo de los eupátridas, y, viendo cómo un grupo social no eupátrida permanecía al margen de la crisis sin pronunciarse, decretó por ley que todo ciudadano debería en el futuro tomar partido durante una situación de stásis para evitar esa vergonzosa 'pasividad cómplice'⁵⁶. En cuanto a la segunda acepción, tenemos dos ejemplos extraordinariamente significativos en lo referente al mundo de la guerra. El primero proviene de la poesía épica, cuando Aquiles, llevado por una irracional

cincuenta años posteriores al final de dicho conflicto. Sin embargo, el Senado romano declinó tal posibilidad por la misma razón que Cartago trataba reparar la deuda en un solo año, a saber, porque el pago de tributos constituía una marca de la esclavitud de una potencia hacia otra. Seis años después de finalizar el pago (en 146), Cartago fue completamente destruida por Roma. Para un análisis más profundo de este caso vid. T. Naco *Vectigal incertum: economía de guerra y fiscalidad republicana en el occidente romano: su impacto histórico en el territorio, 218-133 a. C.* (Oxford 2003) 105.

⁵³ Alonso Troncoso, *op. cit.* (Madrid 1987) 20, 27.

⁵⁴ G. Nenci, "La neutralità nella Grecia antica", *Il Veltro: Rivista di civiltà italiana* 22 (1978) 151-3.

⁵⁵ Contrariamente, Bauslaugh, *op. cit.* (Berkeley 1991) XX, afirma que no es necesaria una terminología específica para que una institución concreta exista, argumentando que si no se categorizó en Grecia fue simplemente por "desinterés" de las fuentes en esa postura diplomática concreta.

⁵⁶ A. Domínguez Monedero, *Solón de Atenas* (Barcelona 2001) 109. La pena impuesta por Solón era la ἀτιμία, es decir, la pérdida de los derechos de ciudadano (Arist. *Ath.* 8.5).

ira, decidió no volver a participar con sus tropas en el sitio de Troya al lado de los aqueos, pero tampoco traicionar a los griegos marchándose con sus naves o aliándose con los troyanos. Si tenemos en cuenta que la poesía épica establece un ideal estereotipado de guerrero y de guerra, la ‘neutralidad’ de Aquiles y los mirmidones no se puede entender como una postura diplomática propiamente dicha, sino que, tal y como lo plantea Homero, su objetivo final es perjudicar los intereses de Agamenón, el hombre que le ha ofendido públicamente. Es decir, el objetivo real del hijo de Peleo no es permanecer neutral en el conflicto armado, sino tomar parte en él de una manera pasiva y, a la vez, antiheroica e impía al vulnerar los principios agonísticos de la guerra⁵⁷.

El segundo ejemplo es histórico y nos retrotrae al conflicto en Élide a finales del siglo V. Tras la Guerra del Peloponeso, las relaciones entre Esparta y Corinto se empezaron a deteriorar rápidamente. Ya en 403 los corintios se negaron a enviar tropas de apoyo a Pausanias en su lucha contra los demócratas que habían ocupado el Pireo (X. *HG* 2.4.30). Tampoco lo hicieron poco después en la guerra en Élide. Los espartanos, molestos por la actitud de sus antiguos aliados⁵⁸, utilizaron la campaña para enviar un mensaje de advertencia a Corinto, única potencia peloponesia que recelaba oficialmente de la política lacedemonia. La actitud de Corinto, sin embargo, estaba justificada. Los lacedemonios no sólo no habían destruido Atenas al final de la Guerra del Peloponeso como los corintios habían sugerido sino que, además, se negaron a repartir el botín de guerra con los aliados. El incipiente imperio marítimo espartano ideado por Lisandro junto a la alianza con Siracusa terminaron por desesperar a la ciudad del istmo, ya que eso podía suponer la pérdida del control de las rutas comerciales tanto en el Egeo como en el oeste. Todo esto significaba la asfixia económica de un estado ya claramente empobrecido⁵⁹. Así, del mismo modo que Aquiles, la ‘neutralidad’ de Corinto no se puede entender como una postura diplomática frente a un conflicto bélico, sino como una forma de hacer evidente el malestar de una potencia con la política de sus aliados. Esparta era demasiado fuerte para que la ciudad del istmo se le opusiera en el campo de batalla, de modo que, ante la imposibilidad de llevar a cabo una ‘resistencia activa’, los corintios no tuvieron más remedio que adoptar una actitud de ‘resistencia pasiva’. Más adelante, gracias a la alianza con Atenas y Tebas, y la financiación persa de los gastos de guerra (X. *HG* 4.8.10), Corinto pudo pasar de esa ‘pasividad

⁵⁷ Bauslaugh, *op. cit.* (Berkeley 1991) 3, considera que este es el primer caso de neutralidad política reflejado en las fuentes. En su opinión, la situación diplomática creada por Aquiles entre los aqueos superó al lenguaje del siglo VIII y, por tanto, los aedos no supieron definir la postura del Périda con propiedad, que para el autor citado es “neutralidad”.

⁵⁸ Vid. C. Fornis, ‘Las causas de la Guerra de Corinto: un análisis tucidideo’, *Gerión* 25.1 (2007b) 187-218, 196.

⁵⁹ J. Pascual, ‘Corinto y las causas de la Guerra de Corinto’, *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica* 7 (1995) 187-218, 204-10; Fornis, *op. cit.* (2007b) 202.

cómplice⁶⁰ a una beligerancia activa⁶¹. Tanto a nivel interno como externo, en Grecia la práctica política de la neutralidad fue percibida como un mal social: ya sea como una actitud egoísta, un signo de astenia y debilidad o, finalmente, como una forma de perjudicar los intereses de otro Estado de manera encubierta.

Es especialmente significativo que el primer pacto internacional ‘multilateral’ en Grecia, como comúnmente se considera a la llamada ‘Paz del Rey’ (386)⁶², penalizara a los estados que, habiendo firmado el tratado de paz, se mantuvieran neutrales en un conflicto futuro⁶³. La neutralidad no tenía cabida en un pacto multilateral de estas características precisamente porque podía utilizarse para perjudicar los intereses del resto de potencias firmantes. Del mismo modo, en la actualidad no está recogida una definición de neutralidad en la ‘Carta de las Naciones Unidas’

⁶⁰ J. M. Balcer, *The Persian Conquest of the Greeks, 545-450 BC* (Konstanz 1995) 234 utilizó la expresión “malevolent neutrality” para definir la posición política de Argos durante las campañas de Jerjes en Grecia de los años 480-79. Como es sabido, Argos se declaró “neutral” en el conflicto entre Persia y la Liga Helénica, lo cual supuso en la práctica la imposibilidad de mantener canales de comunicación estables entre Atenas y Esparta. Nosotros utilizamos la expresión “neutralidad cómplice” porque nos parece más fiel a la realidad histórica, sobre todo porque refleja mejor los intereses reales de las potencias que adoptaron esta postura política concreta sin las connotaciones morales e ideológicas inherentes en la terminología de Balcer.

⁶¹ Para un análisis de los diferentes pactos internacionales y su influencia en las acciones políticas y militares de las potencias beligerantes durante la Guerra de Corinto, *vid.* Alonso Troncoso, *op. cit.* (1999).

⁶² Por lo menos así lo califica gran parte de la historiografía como T. T. B. Ryder, *Koine eirene* (London 1965) XV; K. Schmidt, “The Peace of Antalcidas and the Idea of the ‘koine eirene’. A Panhellenic Peace Movement”, *RIDA* 46 (1999) 81-96, 82; V. Alonso Troncoso, ‘War, Peace, and International Law in Ancient Greece’, K. Raaflaub (ed.), *War and Peace in the Ancient World* (Oxford 2007) 206-225, 221. Schmidt, *op. cit.* (1999) 83-5, llega a firmar que la “Paz del Rey” sería el primer paso hacia la κοινή ειρήνη. Sin embargo, como bien ha señalado recientemente C. Fornis, “La paz enviada por el Rey”, *Dike* 10 (2007a) 155-183, 157, al ser necesaria la coerción para que potencias como Atenas respetaran el tratado, más que un pacto multilateral propiamente dicho, el tratado debe entenderse como un *ultimatum*, idea respaldada por algunas fuentes al definir el pacto como “la paz enviada por el Rey” (X. *HG* 5.1.30 y 35; Dem. 15.9 y 29, 20.54; Plb. 1.6.2). Puede encontrarse un análisis crítico de las fuentes en referencia a esta cuestión en C. Fornis, “Identidad cultural y política de fuerzas: los griegos asiáticos hasta la Paz del Rey (386 a.C.)”, A.A.V.V., *La construcción ideológica de la ciudadanía. Identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo* (Madrid 2006) 283-301, 297; *op. cit.* (2007a) 158, n 14, donde el autor advierte que especialistas como F. Hampl, *Die griechische Staatsverträge des 4. Jahrhunderts v. Chr. Geb.* (Leipzig 1938) 19, y E. Badian, “The King’s Peace”, M. Flower, M. Toher (eds.), *Georgica. Greek Studies in Honour of George Cawkwell* (London 1991) 25-48, 43-4, demostraron que la paz únicamente se aplicó a las potencias beligerantes en la guerra corintia, es decir, que el resto de estados griegos nunca juraron la Paz del Rey, eliminado así la posibilidad de concebir el tratado como una auténtica κοινή ειρήνη.

⁶³ [...] *A cuantos no acepten esta paz, a éstos yo les declararé la guerra, junto con quienes la acepten, por tierra y por mar con naves y con dinero* (X, *HG*, 5.1.29). *Contra* Fornis, *op. cit.* (2007a) 158, n 14, quien infiere que, al ser jurada la paz únicamente por los estados participantes en la Guerra de Corinto, el resto de *póleis* permanecieron “neutrales”.

y, a juzgar por algunos artículos⁶⁴, también resulta perseguida. Así pues, la neutralidad, en un sentido moderno del concepto, no existió en la Grecia Antigua y, por tanto, los Estados griegos no consideraron una violación de su soberanía que sus ciudadanos fueran contratados como mercenarios por una potencia exterior, razón última por la cual no necesitaron establecer un control exhaustivo de su cuerpo cívico⁶⁵. Posiblemente, el único Estado griego que controlaba a sus ciudadanos para evitar que se convirtieran en mercenarios contratados por otras potencias era Esparta. Dado que los *hómoioi* constituían en núcleo del ejército espartano, en Lacedemonia siempre existió déficit de soldados, razón por la cual el Estado trataba de evitar que éstos abandonaran el país lacedemonio para arriesgar sus vidas defendiendo otros intereses que no fuesen los suyos. Únicamente se mostraba más permisivo con la contratación de sus ciudadanos cuando salía especialmente beneficiado de ello⁶⁶. En una situación de guerra permanente, la libre contratación de mercenarios permitía mayor autonomía política a los ciudadanos y a los Estados. La guerra en Grecia no se entendía como un estado natural de la vida política de las ciudades, pero sí que era concebida como el método a través del cual resolver de forma legítima los conflictos entre *póleis*⁶⁷. En esta línea, resulta significativo que no existiera en tiempos de paz un código legislativo que regulara las relaciones internacionales más allá de lo consuetudinario. En cambio, durante períodos de guerra, las relaciones estaban claramente reglamentadas a través del rito bélico del *agón*. Sin embargo, para las potencias griegas, la guerra no era la única manera posible de relación con el resto de *póleis*, y las posturas diplomáticas de una *pólis* podían resumirse en aislamiento (*ἀμειξία*)⁶⁸, guerra (*πόλεμος*) y amistad ritualizada (*ξενία*). La paz nunca fue una categoría *per se*, simplemente era una anomalía (provocada por algún momento de *estasis*) o un estado transitorio en las relaciones entre dos potencias concretas. Es por ello que los tratados de paz (*σπονδή, συνθήκη*) no eran más que pactos caracterizados por la temporalidad y

⁶⁴ Vid. Art. 2, par. 5; Art. 41; Art. 42; Art. 43, par. 1. Estos artículos sugieren la idea de que si la ONU está en guerra, todos los miembros pertenecientes a ella lo están obligatoriamente.

⁶⁵ Sfériadès, *op. cit.* (1935) 652-4.

⁶⁶ P. Cartledge, *Agésilao and the crisis of Sparta* (Baltimore 1987) 80. El respaldo político de Agesilao a Dionisio de Siracusa culminó en el año 398 cuando el diarca espartano otorgó permiso al tirano para reclutar tantos mercenarios lacedemonios como considerará oportuno en su guerra contra los cartagineses (D.S. 14.44.2). Sin embargo, posiblemente dicho permiso únicamente hacía referencia a la población no ciudadana como los periecos o el resto de “aledaños” de la sociedad espartana, seguramente como mecanismo para aliviar las tensiones internas en Esparta: Fornis, *op. cit.* (2007b) 202; ‘La conjura de Cinadón: ¿paradigma de resistencia de los dependientes lacedemonios?’, *SHHA* 25 (2007c) 103-11, 113, n 54.

⁶⁷ Alonso Troncoso, *op. cit.* (2007) 215.

⁶⁸ Este concepto está claramente vinculado al salvajismo de las sociedades primigenias (Th. 1.1.2; 3.4). La *ἀμειξία* puede entenderse como una forma de “neutralidad”, *vid.* Alonso Troncoso, *op. cit.* (2007) 209, pero, en cualquier caso, si nos guiamos por la forma en que la describe Tucídides, ésta sigue percibiéndose de forma negativa para la sociedad, pues no sería más que una reminiscencia de una época dominada por el salvajismo.

la bilateralidad, es decir, eran simplemente pactos entre dos estados para mantener una tregua durante un número concreto de años. Contrariamente a esto, εἰρήνη es un término jurídico que hace referencia a un ‘tratado de paz’ permanente, y no será hasta principios del siglo IV, con la hegemonía espartana y la Paz del Rey, que este concepto adquirirá una enorme trascendencia política⁶⁹, sobre todo por asociación con la idea instrumentalizada de *autonomía* de las ciudades griegas⁷⁰. Así pues, desde época arcaica hasta el final de la Guerra de Corinto, la interacción entre Estados griegos estuvo claramente caracterizada por los tratados bilaterales⁷¹, y el sistema de contratación o reclutamiento de mercenarios en ese período histórico es un reflejo de dicha política internacional. Instituciones como la φιλία y ξενία fueron claves para el desarrollo del mercenariado arcaico, hasta el punto que se considera a la ‘hospitalidad’ como el origen del servicio mercenario en Grecia⁷², siendo Milcíades un ejemplo paradigmático de mercenario obligado por φιλία o ξενία a participar en la campaña persa de Darío contra los escitas (Hdt. 4.137.1-2). Sin embargo, esto no significa que no existieran mercenarios del tipo ‘soldado de fortuna’, ya que posiblemente este tipo de mercenario ha existido siempre⁷³.

Sin embargo, a partir de la firma de la Paz del Rey o de Antálcidas⁷⁴, los espartanos, con el fin de mantener la hegemonía en la Hélade, reconocieron como legítima la existencia de un árbitro internacional que regulara las relaciones en-

⁶⁹ Alonso Troncoso, *op. cit.* (2007) 209.

⁷⁰ Karavites, *op. cit.* (1984) 181; Hansen, *op. cit.* (Stuttgart 1995) 25; D. Plácido, “La ‘autonomía’ de las ciudades griegas”, *Veleia* 18-19 (2001-2002) 201-209.

⁷¹ Sobre los pactos bilaterales en el conflicto, *vid.* Alonso Troncoso, *op. cit.* (1997) 63. En cuanto a la decisión de conceder la hegemonía a una potencia concreta de la alianza antilaconia durante la guerra de Corinto, *vid.* Alonso Troncoso, *op. cit.* (1997) 49.

⁷² Bettalli, *op. cit.* (Pisa 1995) 26. Véase Pi. O. 6.7.74, 101-105; y Paus. 5.27.1. Respecto a las fuentes arqueológicas, el uso de mercenarios griegos en diferentes imperios orientales está ampliamente documentado. *Vid.* N. Wolf-dietrich, “Greek mercenaries at Tel Kabri and other sites in the Levant”, *Tel Aviv Journal of the Institute of Archaeology of Tel Aviv University* 29 (2002) 328-331, 328. No hay que olvidar que φιλία y ξενία no dejan de ser instituciones que regulan las relaciones políticas entre γένος, es decir, entre grandes familias aristocráticas.

⁷³ Tucídides resulta especialmente importante porque utiliza un término específico, κέρδος, para definir los intereses del “soldado de fortuna” (Th. 7.57.9-10), es decir, a los mercenarios cuyo objetivo era únicamente enriquecerse en lugar de servir a su Estado. *Vid.* Trundle, *op. cit.* (London-New York 2004) 43.

⁷⁴ Hemos escogido la Paz del Rey como punto de inflexión en la política de contratación de mercenarios porque realmente supuso una regulación de la legalidad internacional hasta entonces sin ningún precedente. En este sentido, seguimos la tesis de E. Lanzillota, “La política spartana dopo la pace di Antalcida”, *MGR* 7 (1980) 129-179, 176-8, quien entiende que la política belicista espartana tras la Paz del Rey es resultado de un “unitario” proyecto político de estado que se aplica mediante el uso de un tratado internacional, es decir, sugiere la idea del nacimiento de unas relaciones internacionales propiamente dichas a partir de la “firma” de la mencionada paz. *Contra* Alonso Troncoso, *op. cit.* (1997) 63. Sin embargo, el modelo de contratación que abrirá este tratado ya se había producido de forma puntual con anterioridad, siendo la Guerra del Peloponeso el motor de todos estos cambios que culminaron en el tratado del 386.

tre *póleis* griegas, a saber, la Persia aqueménida. Esta última obligó a todas las potencias en guerra contra los lacedemonios a firmar un pacto ‘multilateral’ que, basándose en el supuesto derecho a la autonomía de las ciudades griegas, persiguiera todo tipo de políticas con aspiraciones hegemónicas en Grecia (X. *HG* 5.1.29)⁷⁵. En realidad, este tratado pretendía desarticular a los principales enemigos de Esparta, especialmente la confederación beocia liderada por Tebas⁷⁶, pero sin duda también a Atenas⁷⁷. La ciudad ática, sin embargo, nunca abandonó sus aspiraciones hegemónicas⁷⁸ y encontró en el uso de mercenarios una forma de realizar sus objetivos sin vulnerar los tratados de paz firmados con el Gran Rey. En este sentido, la política que Atenas no podía llevar a cabo como Estado era compensada por algunos de sus ciudadanos, quienes, a título personal, se alistaban como mercenarios en los ejércitos de potencias contrarias a Persia o a Esparta como eran Egipto y Chipre. Las fuentes recogen algunos ejemplos paradigmáticos. Por ejemplo, Astifilo fue, según Iseo, uno de esos ciudadanos atenienses que se enrolaron en campañas bélicas en calidad de mercenario. El nombre de ‘Astifilo’ significa literalmente ‘amante de la ciudad’⁷⁹ y su caso resulta especialmente interesante porque aporta información específica respecto al servicio mercenario de soldados comunes, otorgándonos así una herramienta de análisis diferenciada del estudio prosopográfico de grandes figuras como Conón, Milcíades, Timoteo, Ifícrates o, incluso, Agesilao. Este ciudadano ateniense participó como mercenario en diferentes campañas entre Corinto (395) y Mitilene (379-374), lugar donde terminó perdiendo la vida (Is. 9.14). Ya hemos manifestado que estos veinte años resultan fundamentales para el desarrollo en Grecia de unas relaciones internacionales multilaterales refrendadas por pactos de colaboración estables e indefinidos. En cualquier caso, Astifilo, como muchos otros⁸⁰, simplemente no pudo aceptar la situación política en que había quedado su ciudad tras la Guerra del Peloponeso y decidió formar parte de una fuerza militar mercenaria que, de forma particular, ayudara a su *pólis* a alcanzar sus objetivos políticos reales. Sabemos por Iseo que

⁷⁵ Excusa que ya había sido utilizada con anterioridad por los lacedemonios con motivo de la guerra en Élide a finales del siglo V (Paus. 3.8.3). *Vid.* Fornis, *op. cit.* (2007b) 196.

⁷⁶ Para Cartledge, *op. cit.* (Baltimore 1987) 294, limitar el poder de Tebas fue una auténtica obsesión para Agesilao y, de hecho, otras confederaciones útiles para la ἡγεμονία espartana como la aquea y la focidia continuaron existiendo tras la Paz del Rey. *Vid.* Fornis, *op. cit.* (2007a) 164-165.

⁷⁷ G. Cawkwell, “The Imperialism of Thrasybulus”, *CQ* 26.2 (1976) 270-277, 270.

⁷⁸ Fornis, *op. cit.* (2007a) 161-162.

⁷⁹ V. Rosivach, “Astphilos the Mercenary”, *G&R* 52.2 (2005) 195-204, 201.

⁸⁰ Seguramente, el ejército mercenario del que Astifilo formó parte es el mismo que aparece documentado en Aristófanes (Pl. 173) en referencia a la Guerra en Corinto y que fue disuelto tras la firma de la Paz del Rey. En este sentido, como ha destacado Rosivach, *op. cit.* (2005) 196, resulta extraordinariamente interesante que un ciudadano ateniense fuese reclutado como mercenario por su propio Estado. Iseo dice que Astifilo fue “voluntario” a Mitilene bajo el mando de Timoteo (9.15) y, dado que en aquellos momentos Mitilene formaba parte de la Segunda Liga áticodelica, seguramente su principal objetivo era perjudicar los intereses del Gran Rey durante la Gran Revuelta de los Sátrapas.

Astifilo no era pobre y, a pesar de haber quedado huérfano durante su infancia, fue criado sin sufrir ningún tipo de abuso por un pariente suyo hasta convertirse en un ciudadano de pleno derecho (Is., 9.22). Tras su muerte, un familiar trató de conseguir sin éxito que la ciudad le reconociera oficialmente como un ‘muerto de guerra’ y fuese enterrado en el *δεμοσιόν σήμα*, es decir, en el cementerio público del Cerámico destinado a enterrar a los soldados caídos en combate. Sin duda, ese reconocimiento póstumo hubiese puesto al descubierto la estrategia ateniense, pues, a nivel oficial, Astifilo no había muerto en acto de servicio para la ciudad, sino trabajando como mercenario para Timoteo.

Para terminar, a causa de su evidente implicación en la política internacional y en la estructuración militar de los Estados, nos ha parecido oportuno realizar un breve comentario a la conocida tesis de la disociación entre cargos militares y políticos en las *póleis* del siglo IV⁸¹. Esta tesis se basa en la idea que tras la Guerra del Peloponeso los *στρατηγοί* se desvincularon de la vida política de sus ciudades convirtiéndose así en auténticos *condottieri* mercenarios o vulgares aventureros, iniciando de este modo el proceso que puso fin al mundo de la *pólis* a finales del mismo siglo. En este sentido, el Estado, completamente debilitado, no hubiera podido evitar que los ciudadanos, obligados por pobreza y la carestía, se convirtieran en mercenarios de estos caudillos militares, quienes, en la práctica, quedaban completamente fuera del control de sus *póleis*⁸². Esta tesis ha resultado sugerente porque plantea un proceso evolutivo lógico y natural entre la Guerra del Peloponeso y el establecimiento de monarquías helenísticas como consecuencia de la conquista macedonia⁸³. Sin embargo, el planteamiento es tan simple que suscita serias dudas respecto a su veracidad histórica, siendo la aplicación generalizada del caso ateniense a toda la Hélade el mayor de sus defectos⁸⁴. No creemos que esta tesis sea completamente errónea, sino que manifiesta cierta exageración de algunos de los rasgos característicos de la situación helena en el siglo IV. Por ejemplo, el papel de los mercenarios griegos y su número ha sido sobreestimado hasta el punto de calificar su uso como masivo⁸⁵. En realidad, parece demostrado que el núcleo de los ejércitos de las ciudades en el siglo IV continuó estando formado por ciudadanos⁸⁶. De hecho, la guerra siempre fue la forma más habitual y, también, más honora-

⁸¹ Boëldieu-Trevet, *op. cit.* (Paris 2007).

⁸² Puede encontrarse una crítica a esta tesis referida específicamente a los mercenarios en McKechnie, *op. cit.* (1992) 298.

⁸³ P. Fröhlich, “Les magistrats militaires des cités grecques au IV^e Siècle a.C.”, *REA* 110.1 (2008a) 39-55, 40.

⁸⁴ *Ibid.* 40-41.

⁸⁵ Cartledge, *op. cit.* (Baltimore 1987) 323; Tourraix, *op. cit.* (Paris 1999) 210.

⁸⁶ Fröhlich, *op. cit.* (2008a) 43.

ble en que un ciudadano podía prestar servicio a su comunidad de origen⁸⁷. Otro ejemplo proviene de la evidente especialización del mundo de la guerra. A causa de la Guerra del Peloponeso, con la introducción de peltastas, caballería y, sobre todo, con el uso de la flota, el ejército hoplítico de corte arcaico dejó paso a una forma de hacer la guerra más diversificada y especialmente orientada a conflictos de larga duración alejados territorialmente de la ciudad. Sin embargo, atribuir a la larga duración y a la distancia de los campos de batalla el uso masivo de mercenarios y el desarrollo de un sistema estable de comandancia, que será el germen de la posterior disociación entre cargos militares y políticos, nos parece una idea matizable⁸⁸. Ya en el siglo V Atenas y Esparta habían llevado a cabo campañas de larga duración muy alejadas de su *chóra* como en Anfípolis, Sicilia o cualquier punto del Egeo. Además, los pequeños conflictos territoriales desde Época Arcaica habían devenido una única y larga guerra entre *póleis*⁸⁹ lo cual, en nuestra opinión, hubiese desarrollado el mencionado sistema estable de comandancia. En esta nueva tesitura internacional el mercenario se convirtió en el soldado perfecto para los Estados y era precisamente por ello que éstos eran controlados por las ciudades a través de enviados especiales de la ciudad, los *exétastai*. Así mismo, el control de las *póleis* ejercido sobre las decisiones de los στρατηγοί parece demostrada a juzgar por la retirada de Cabrias y de sus mercenarios de Egipto durante la campaña egipcio-chipriota del 373 (D.S. 15.29.4).

CONCLUSIONES

El mercenariado fue generalmente concebido para los estados griegos como una herramienta, y su uso se vio incrementado o reducido en función de unos intereses políticos que, integrados en un marco internacional específico y extraordinariamente inestable, se fundamentan en el derecho a interferir en los asuntos internos de otras potencias vecinas con la finalidad de obtener algún tipo de beneficio o ventaja. Aunque esta afirmación se podría generalizar a todos los períodos históricos, en el caso concreto de la Antigüedad existe un problema casi insalvable para los investigadores, a saber, la visión sesgada que las fuentes nos han transmitido. En este sentido, debemos destacar que los historiadores y oradores griegos no dieron una visión objetiva y desapasionada del fenómeno del mercenariado hasta el punto de que el investigador moderno duda legítimamente sobre si la

⁸⁷ L. Bruit-Zaidman, “Guerre et religion en Grèce à l’époque classique”, P. Brun (coord.), *Questions d’Histoire. Guerres et Sociétés dans les mondes grecs (490-322)* (Paris 1999) 127-178, 129.

⁸⁸ Boëldieu-Trevet, *op. cit.* (Paris 2007) 16. Para el resto de *póleis* griegas como Tebas, Corinto y Esparta, *vid.* Fröhlich, “Les magistrats militaires des cités grecques au IV^e Siècle a.C. (II part)”, *REA* 110.2 (2008) 423-441.

⁸⁹ Brun, *op. cit.* (Paris 1999) 7.

información que recibe son datos o simplemente opiniones⁹⁰. Por ejemplo, el orador ateniense Isócrates concluyó que los mercenarios no sólo eran pobres a nivel material, sino que también lo eran a nivel moral y espiritual (4.146; 8.44), y que esa ‘doble miseria’ socavaba los fundamentos ideológicos de la *pólis*. Para Jenofonte, sin embargo, algunos de los mercenarios que acompañaron a Ciro no sólo lo hicieron por convicción moral, sino que incluso emplearon recursos propios para poder hacerlo (X. *An* 6.4.8). De este modo, empezando por el propio Jenofonte, parece que su ‘inmoralidad’ y necesidad material no eran tan exageradas como Isócrates trató de hacernos creer. En cualquier caso, la reflexión más pertinente es que ambas fuentes son poco objetivas y los datos que reportan no pueden ser utilizados sin un análisis crítico anterior⁹¹. Nuestro objetivo primordial a lo largo de este artículo ha sido tratar de demostrar que el auge o el declive del uso de mercenarios no está en absoluto determinado por las crisis socioeconómicas, ya que el mercenariado griego fue una institución que mantuvo una estrecha relación con el mundo de la *pólis* y, utilizando la gráfica metáfora de Bettalli, nunca fueron un ‘muro’, sino más bien una ‘puerta giratoria’⁹².

⁹⁰ McKechnie, *op. cit.* (1992) 292; Bettalli, *op. cit.* (Pisa 2005) 56.

⁹¹ Como nos recuerdan McKechnie, *op. cit.* (1992) 299-300 y J. Vela Tejada, *Post H.R. Breitenbach. Tres décadas de estudios sobre Jenofonte (1967-1997)* (Zaragoza 1998) 18, para ilustrar la manipulación histórica realizada por estas fuentes, cabe señalar que Jenofonte fue mercenario y era de clase alta, lo cual resta crédito a las ideas de Isócrates; mientras que el propio Jenofonte elude tratar en sus escritos la refundación de Mesenia y la gran revuelta de los sátrapas.

⁹² Bettalli, *op. cit.* (Pisa 2006) 60.

